

de dirigir filosóficamente al tirano, iniciado desde su primer viaje a Sicilia, lo llevó por dos veces más a Sicilia con idénticos y nulos resultados. En 353 a. C., Dión, su discípulo siracusano, su "cabeza de puente" allá, muere asesinado, terminando con las ilusiones político-filosóficas de Platón, lamentadas por él en sentidos versos.

Ahora Tovar filma su regreso a la Academia, en donde vemos a Platón, anciano ya, dedicado a perfeccionar su método dialéctico y a dar cima a su concepción filosófica. Es la época del "Sofista" y el "Político", del "Filebo" y el "Timeo" y de su mensaje complementario al problema de la educación estampado en las "Leyes".

En el 347 a. C., octogenario ya, fallece el extraordinario pensador. Sus pocos bienes materiales pasaron a manos de su sobrino Adimanto; los del espíritu quedaron como patrimonio de la humanidad. Estos últimos, si bien constituyen un poderoso avance del pensamiento hacia sus metas ideales y un formidable murallón antisofístico, no representan un camino propiamente dicho a la región de la sabiduría, pues el  $\gamma\omega\delta\theta\iota$   $\sigma\epsilon\alpha\upsilon\tau\acute{o}\nu$  era misterio entonces y sigue siéndolo todavía, veinticuatro siglos después, si la palabra de Carrell traduce el pensar y el sentir de la época.

No obstante, el pensamiento sudamericano ha dado a luz recientemente un libro titulado *El Mecanismo de la Vida Consciente*, cuyo autor, CARLOS B. GONZÁLEZ PECOTCHE, filósofo y humanista argentino, anuncia haber resuelto definitivamente el viejo problema autognóstico, abriendo así a la investigación humana, y especialmente a las ciencias del espíritu, un nuevo y fecundo campo de estudio y experimentación, cuyo alcance nadie podría prever todavía.

OSVALDO F. MELELLA.

*Jenofonte: "Hieron". Texto, traducción y notas del profesor Manuel Fernández Galiano.*

Publicado por el Instituto de Estudios Políticos de Madrid, este opúsculo salió a luz en el año 1954. Su presentación mues-

tra a las claras un interesante aspecto del pensamiento que anima a los miembros del citado Instituto madrileño: satisfacer por una parte las necesidades del especialista y acercar, por otra, al lector que busca cultivarse, a las fuentes de aquel maravilloso mundo que fue la antigüedad clásica, inspiradora permanente de la inteligencia humana.

Texto prolijo y depurado, su traducción, ajustada al máximo a las formas de expresión lucidas por el escritor ático, revela un amplio conocimiento de la lengua griega. Salvo detalles de importancia secundaria, como traducir "ad litteram" los apuestos —usual más bien cuando el término común es un adjetivo sustantivado—, o en el VII, 4 en donde el infinitivo *ἔλvai* es visto como expletivo en vez de completivo, habiéndose podido traducir "pues ningún placer humano parece estar más cerca de lo divino que la satisfacción propia de los honores" sin alterar un ápice la construcción helénica, la traducción alcanza holgadamente el fin que persigue. Pero, repito, son esos detalles de escasa importancia, meros puntos de vista.

En cuanto a las "notas", su autor afirma que "son muy escasas, y no pretenden más que ayudar al lector en pasajes poco claros". Pese a ello agregaremos, en honor a la verdad, que son oportunas y coadyuvan a esa finalidad expresada al cabo del primer párrafo de este comentario y que, entendemos, anima el pensamiento de los editores. Lástima que haya quedado sin nota el IX, 8, verdadera perla del diálogo, que corona todo el alegato de Simónides y hace de tesis en la obra: *κακουργία γε ἦτρον τοῖς ἐνεργοῖς ἐμψύονται*, que en buena versión castellana el traductor ha puesto: "los malos instintos en quienes menos se dan es en las gentes atareadas". La actividad desplegada en labores fecundas y gratas al espíritu, o en cosas útiles y positivas es índice, en efecto, de un buen estado mental y no hay prácticamente espacio para la intromisión de pensamientos negativos, que contaminan la mente y generan el virus del disconformismo y la descomposición, propios del ocio infecundo. Ha sido ésa, pues, una magnífica observación de Jenofonte, que evoca de inmediato la venerable imagen de Sócrates, escultor de aquella galería de almas inmortales que fueron sus discípu-

los. Entendemos, también, que ese pasaje entraña una valiosísima enseñanza que no debería pasar inadvertida.

En cuanto a la obra, agregaremos que su autor, al igual que Platón, pese a que este diálogo no es socrático, tiene presente en él, lo mismo que en otros, sus provechosas pláticas con su inolvidable maestro. Verdad que no es ésta una conversación rica en ideas, como las que nos ha dejado Platón en sus primeros escritos, pero implica en cambio un elocuente proceso contra la tiranía, y, por extensión, contra el abuso del poder ejecutivo omnímodo, que entonces, lo mismo que hoy, deben ser señalados como enemigos irreconciliables del género humano.

La lectura de esta obra, con la versión que nos ofrece el prof. Fernández Galiano, debería integrar, pienso, el "corpus scriptorum legendorum ad usum discentium" de todos los buenos establecimientos educativos y ocupar un lugar prominente en las bibliotecas particulares.

OSVALDO F. MELELLA.

Antike und Abendland, Band II, 1946. Antike und Abendland, Band III, 1948. Beiträge zum Verständnis der Griechen und Römer, herausgegeben von Bruno Snell. Marion von Schröder Verlag, Hamburg.

Estos dos volúmenes que edita Bruno Snell contienen artículos de dispar valor y de diferente temática. En general podemos efectuar una división de ellos de la siguiente manera: primero, aquellos artículos críticos que tratan específicamente de un tema de la antigüedad clásica y segundo, aquellos que o bien dirimen el concepto actual de clasicismo o tratan de establecer la relación de ciertos pensadores y poetas modernos con la cultura clásica y en tercer lugar traducciones de algunos pasajes de autores griegos. Del segundo volumen deben señalarse los artículos de A. Heuss: *Die archaische Zeit Griechenlands als geschichtliche Epoche*; K. Latte: *Der Rechtsgedanke im archaischen Griechentum*; del mismo autor: *Hesiod Dichter weike* y el importante artículo de H. Diller: *Hesiod und die*